El partido que perdieron de común acuerdo

Obra original de Shyvirelle · Edición imprimible

Cuando Lía entró al gimnasio, reconoció el sonido antes que el lugar: el golpe seco del volante contra las cuerdas, un roce de zapatillas, alguien que se reía porque el volante había caído justo sobre la línea. Habían cambiado el suelo, las redes y las ventanas. No la acústica.

Darío estaba al otro lado de la pista, atándose una zapatilla. Levantó la cabeza cuando ella se acercó.

—Pensé que no vendrías.

—Puse la raqueta en el bolso ayer. Luego la saqué. Después volví a guardarla.

—Eso cuenta como entrenamiento.

Lía sonrió. Habían pasado seis años desde la última vez que jugaron juntos. Antes formaban pareja de dobles los sábados y discutían por quién debía llevar las botellas de agua. Habían dejado de verse sin una pelea, que a Lía le parecía una manera especialmente torpe de despedirse: primero unos entrenamientos perdidos, luego mensajes más espaciados y al final nada.

Él le tendió un volante de práctica. Lía lo hizo girar entre los dedos.

—El campeonato dice amistoso —advirtió—. Espero que lo hayan escrito en serio.

—La copa es un termo de plástico —respondió Darío—. No estamos arriesgando una carrera.

Se pusieron a calentar. Darío le lanzó golpes cortos para que encontrara la distancia. Ella falló dos, acertó el tercero y se echó a reír con un alivio que no había previsto. La raqueta aún tenía un peso conocido.

En el primer encuentro les tocó jugar contra una pareja de amigos que llevaba camisetas del mismo color. Los cuatro se saludaron sin solemnidad. Lía recibió el saque inicial, devolvió el volante demasiado alto. Un rival lo devolvió hacia ella. Cuando Lía iba a retroceder, Darío pasó por delante y lo alcanzó con una estirada espectacular.

La jugada continuó. La otra pareja terminó fallando y alguien aplaudió desde una silla.

—Bien salvado —dijo Lía.

—Para eso estamos.

En la siguiente jugada volvió a ocurrir. Lía avanzó para alcanzar un golpe que venía a su lado, pero Darío se cruzó antes de que pudiera levantar la raqueta. Ella frenó en seco para no golpearlo. Él ganó el intercambio y regresó contento al centro.

—Sigues cubriendo toda la pista —le dijo ella.

—Es costumbre.

—Ya lo veo.

Darío la miró un instante, como si acabara de oír una palabra nueva en una frase muy antigua. Después volvió a su posición. Durante varios puntos intentó contenerse, pero, cuando Lía dudaba, el cuerpo le respondía por él: un paso lateral, la raqueta extendida, una disculpa tardía.

En una pausa ella se sentó a ajustarse los cordones. No estaba cansada; quería dejar de moverse un momento para encontrar la manera de decirlo.

—¿Recuerdas cuando jugábamos aquí los sábados? —preguntó.

—Recuerdo que nunca querías salir antes de terminar una partida.

—También recuerdo que me dejabas buscar mis propias jugadas.

Darío bebió agua.

—Antes acertabas casi todas.

La frase quedó suspendida entre ellos. No había sido cruel. Eso la hacía más difícil de responder.

—Ahora no —dijo Lía—. Pero si tú corres a mi lado antes de que lo intente, seguiré sin saber cuáles puedo alcanzar.

Él cerró la botella y miró hacia la red.

—No quiero que te sientas mal por fallar.

—Yo tampoco. Quiero poder fallar yo.

Darío soltó una risa breve, no del todo cómoda.

—Eso suena raro.

—Pues intenta hacerlo menos raro dejándome jugar.

Volvieron a la pista. Darío se mantuvo algo más lejos, pero empezó a darle indicaciones en voz baja. «Tuya». «Atrás». «Ahora». A Lía le ayudaban algunas y otras llegaban cuando ya había decidido. En una jugada fácil respondió al aviso levantando la mano, sin mirarlo, y él se calló. Ganaron ese encuentro por poco. La victoria dejó una molestia pequeña, como una piedrita dentro de la zapatilla.

Al terminar, Darío se sentó junto a ella en el banco.

—No me acuerdo de cuándo empecé a hacer eso —admitió.

—Yo sí. El último año antes de que me marchara. Me lesioné la muñeca, perdí confianza y tú empezaste a ocupar el espacio que yo dejaba. Al principio me ayudó.

—Creí que te seguía ayudando.

—No te lo dije. También fue cosa mía.

Él apoyó la raqueta en las rodillas.

—Me resultaba más fácil ir a por el volante que preguntarte si querías que lo hiciera.

Habían hablado de demasiadas cosas por mensajes que después quedaron sin respuesta. Aquello, al menos, podían decirlo sentados uno al lado del otro.

—¿Y ahora? —preguntó Darío.

—Ahora quiero jugar la última partida contigo. Aunque nos eliminen.

—Estamos en la final.

—¿En serio?

—El campeonato es más pequeño de lo que recordabas.

La final tuvo menos espectadores y más ruido de zapatillas. Lía empezó a descubrir espacios que no recordaba haber visto. Un golpe corto la obligó a correr hacia delante; llegó tarde, pero la siguiente vez lo alcanzó. Darío la felicitó sin añadir una instrucción. Ella tuvo que contener el deseo de pedirle que la repitiera.

Cuando la otra pareja se acercó al último punto, el volante cayó entre los dos. Era el tipo de golpe que Darío siempre perseguía. Lía lo vio salir de la raqueta rival y dio un paso. También sintió, a su lado, el impulso de Darío. Él levantó el talón, pero no cruzó.

—Tuya —dijo, una sola vez.

Lía estiró el brazo. Alcanzó el volante con el marco de la raqueta; salió torcido, tocó la parte alta de la red y cayó de su lado.

El otro equipo ganó. Hubo aplausos y saludos. La copa de plástico se fue con quienes habían jugado mejor ese último intercambio. Darío ofreció la mano a sus rivales y luego volvió donde estaba Lía.

—Casi llegas.

—Llegué. Lo que no hice fue devolverlo bien.

—Tienes razón.

Ella lo observó. Era extraño no tener que discutir la diferencia.

Recogieron sus cosas cuando los demás empezaban a cerrar las bolsas. Darío encontró un volante bajo el banco y lo dejó sobre su raqueta.

—Podemos entrenar ese golpe —dijo.

—Podemos. Pero no hoy.

Él asintió, dispuesto a despedirse. Lía se quedó mirando la pista vacía. El gimnasio seguía oliendo a madera encerada y a agua fría de los bebederos. Se preguntó cuántas conversaciones habrían podido tener si alguno de los dos hubiera dejado de adivinar la voluntad del otro.

—Darío.

Él se volvió.

—Una más. Fácil.

Se colocaron a un lado de la red, sin pareja ni contrincantes. Darío levantó suavemente el volante. Lía lo devolvió con un golpe que apenas hizo ruido. Él se lo envió otra vez, lento, a una distancia que ella podía elegir recorrer o no.

Jugaron así hasta que el conserje abrió la puerta para avisar que iban a cerrar. Ninguno llevaba la cuenta.

En la salida, Lía se detuvo bajo la luz del pasillo.

—El próximo sábado podríamos venir sin torneo —dijo—. Sin contar los puntos.

Darío sostuvo la puerta abierta, pero esperó a que ella terminara de hablar.

—Me gustaría.

—Y no me cubras todos los errores.

—Solo los que me pidas.

Lía le dio un pequeño golpe en el hombro con la funda de la raqueta. Él se echó a reír y no intentó apartarse. Salieron juntos, dejando detrás el partido que habían perdido y una forma de jugar que, por fin, habían decidido cambiar.